

diosos son los germanos, que rara vez pueden servir como norma de conducta *inmediata*; los de los anglosajones prestan con más frecuencia ese servicio al diente de Britania...

Así resume Macaulay la norma de conducta del estadista inglés: «no preocuparse nada de la simetría, y preocuparse mucho de la utilidad; no suprimir nunca una anomalía sólo porque es una anomalía; no innovar nunca sino cuando se deja sentir algún inconveniente, y no innovar entonces sino lo indispensable para suprimir ese inconveniente; no establecer nunca una proposición más amplia que el caso particular que se remedia: tales son las reglas que desde la época de Juan hasta la de Victoria han presidido generalmente á las deliberaciones de nuestros doscientos cincuenta parlamentos.»

¡Cuántos errores evitaría en ciertos pueblos latinos tan prudente conducta, cuántos perjuicios, cuántos retrocesos! Los mayores males de esos meridionales parlamentos ó pseudo-parlamentos, son, paréceme, el énfasis de las generalizaciones grandiosas aplicadas á pequeños casos; el afán de implantar prácticas y sistemas universales y aplicarlos para salvar el inconveniente de un detalle ocasional; el prurito de la oratoria campanuda para arrancar (en el Parlamento inglés las sesiones son privadas, en los latinos, públicas) plebeyos aplausos; una decidida antipatía hacia el análisis, que es tanto más fecundo cuanto más minucioso y aburrido; la imprudencia de los grandes liris-mos trascendentales, con los que cada congresista cree ganar la posteridad al iniciarlos. La educación inglesa combate todas esas tendencias del carácter, que aun en Inglaterra surgen á veces, porque no son latinas, sino humanas...

§ 41. *Símbolos de Kipling aplicables al espíritu de la educación anglo-sajona.*— En ciencias sociales, no siempre la seriedad de forma encubre la seriedad de fondo. En ocasiones, una fábula, como la novela de Cervantes, da una idea más completa de la psicología de un pueblo que la más completa historia... Pienso (y ello no es paradoja) que la ficción en arte puede ser *más* verdadera que la verdad misma. Porque la verdad real asume formas contradictorias y variadas, y la ficción puede representar á la verdad abstractamente, sin contradicciones, desnuda como una estrella.

Si después de los fabulistas antiguos, y de Lope de Vega, Goethe encarnó variadísimos tipos humanos en los personajes animales del *Reinecke Fuchs*, Kipling acaba de personificar pueblos en sus héroes zoológicos de *The jungle book*... Verdad es que el autor se guarda muy bien de decirlo, y que en todas partes, por vanidad ó pudor nacional, la crítica europea ha pasado en silencio, creo, esas encarnaciones, que, en análisis, son una sátira sangrienta para Inglaterra y Francia, especialmente para Francia; en síntesis, para el género humano. Acaso yo he creído encontrar en ese autor lo que él no ha querido decir; pero el símbolo es demasiado evidente para que no se le busque clave... En los anglo-sajones, la inspiración épico-lírica suele asumir, como todos sabemos, la forma, ora deliciosa, ora grotesca, del *humour*, desde Swift hasta Carlyle, de Carlyle á Kipling... El « libro de la selva », en estilo tan propio del *humour* británico, esboza nada menos que la psicología del propio imperio británico; un sistema de educación ranciamente inglés; los prejuicios ingleses sobre Francia y Alemania; y el estro se eleva, en ciertos momentos, á la altura de los combates de las

grandes guerras europeas, es decir, ¡a la epopeya! En verdad, se trata de una cristalización humorística clarísima de algunas de las ideas elementales conocidas; pero vistas á través de anteojos británicos, es decir, deformadas, ridiculizadas, falseadas según el criterio y las necesidades del estómago de John Bull... Y si Kipling no tuvo jamás las intenciones psico-sociológicas que le atribuyo; si el símbolo es resultado casual é inconsciente, revela algo más que su talento: el genio, vidente ciego, que acierta, no por raciocinio, sino por inspiración... De todas maneras, reputo instructivo y agradable recorrer en aquel libro ciertos sentimientos y prejuicios idiosincrásicos de los anglo-sajones, agrupados así: I, respecto de sí mismos; II, respecto de Francia; III, respecto de Prusia y Rusia.

I. El *Pueblo Libre* es la asociación más poderosa de la selva. Está compuesto en su casi totalidad por lobos (¿no recuerda esto las teorías del hombre-fiera primitivo de los filósofos ingleses, el *homo homini lupus* de Hobbes?) Tiene como *confederados* (¿Escocia, Gales, Irlanda?) felinos poderosos, y como *sometidos y protegidos*, casi todos los animales débiles y útiles (¿las colonias, los protectorados?) Vive en orden interno, porque está regido por una complicada ley de la selva, *ley anómala y tradicional, que consagra el imperio de la costumbre* (aquí viene á la memoria el *Common law*). Gobiérase por una asamblea popular el Consejo de la Roca (¡el Parlamento!), cuya asamblea elige los jefes ó directores entre ciertos felinos más fuertes, *por raza*, que el común de los lobos, como ser tigres y panteras (ello constituye precisamente una aristocracia ecléctica, de sangre y electiva, que hace de clase dirigente *porque así lo disponen los comunes...*) Elegido un jefe supremo (*the prime minister?*) por su destreza supe-

rior en la lucha por la vida (*the struggle for life!*) dura en sus funciones *mientras rinda al consejo pruebas satisfactorias* de su mérito en la caza (¿de riquezas, de territorios?), y cuando por vejez ó enfermedad le flaquean sus fuerzas, se le destituye y condena á muerte. Desde el momento en que ha revelado su incapacidad hasta el de su ejecución, unas doce horas, se le llama el «Lobo Muerto»... (¡El ministro caído! ¿No trae todo ello á la imaginación la ciega ferocidad de las luchas del parlamentarismo inglés, el fin desastroso de tanto *prime minister*, verbigracia, de lord Chatam?...)

Ahora bien; el Pueblo Libre, el «pueblo de la selva», como se denomina exclusivamente á sí mismo, ha admitido en su seno, por votación del consejo, un niño, Mowgli, que una loba cría y adopta, como á Rómulo y Remo; este niño recibe de los ciudadanos de ese pueblo lobo una educación modelo: se le enseña desde su más tierna infancia á servirse de sus manos para defenderse (¡el individualismo!) Nadie interviene en sus luchas infantiles con los lobeznos, que, más fuertes, le marcan todo el cuerpo con sus dientes (¡el *fagging* de las *public schools!*) Se le impone el silencio, la modestia y la dignidad (lo que recuerda el principio del *christam gentleman*, ideal que Arnold concreta para la instrucción pública inglesa). «Como nunca ha ido á la escuela, es ya á los siete años un niño fuerte y sano» que jamás ha derramado una lágrima (ya despunta el alto valor que tiene el culto de las fuerzas físicas para la pedagogía de la *merry England...*)

II. Desde tiempo inmemorial, el pueblo libre, el pueblo lobo, odia y menosprecia otro pueblo de la selva, cuya psicología es harto distinta: el Bandar-Log, la monarquía ó república de los monos grises que viven en las copas de los árboles.— Un buen día, como

el viejo preceptor del pueblo lobo, el oso Baloon, reprendiera demasiado rudamente al niño adoptado por el clan, Mowgli, el niño, huye hacia la copa de un árbol, se esconde allí y traba conocimiento con el Bandar-Log. Cuando baja, cuenta el hecho al oso y á su amigo Bagheera, la pantera negra, miembro conspicuo del pueblo libre (algo como un Pitt ó un Rosebery). En su indignación por tal conocimiento, así le hablan, con voz de trueno, oso y pantera: «Oye, niño. Te hemos enseñado toda la ley de la Selva, para todos los pueblos de la selva... salvo para el pueblo Mono. *Sus rumbos no son los nuestros. No tienen jefes. No tienen memoria. Se jactan y fanfarronean y se pretenden el pueblo más grande, pronto á realizar mayores cosas en la selva; pero la caída de una nuez basta para distraer sus ideas; rien, y todo está olvidado...* El pueblo libre, el pueblo de la selva, ha borrado su nombre de su boca y de su pensamiento. Son numerosos, malos, sucios, sin pudor, y desean, en cuanto son capaces de fijar un deseo, que el pueblo de la selva les preste atención, aun cuando ellos nos arrojan nueces y basuras á la cabeza... (¿Recordáis lo que pasó el año pasado á la reina Victoria en Niza?...). Chillan, gritan é invitan al pueblo de la selva á subir á los árboles á luchar con ellos (¡ah, la impudencia de la baja prensa parisiense no tiene equivalente!), ó bien, *sin motivo se lanzan los unos contra los otros*, teniendo cuidado de dejar los monos muertos donde el pueblo de la selva pueda verlos... ¡Desde la condena de Luis XVI hasta la de Dreyfus, ¡cuántas revoluciones han estallado en Francia, y cuántos miles de cadáveres de ciudadanos fenecidos en las guerras civiles ha mostrado Francia al mundo, para «ejemplo» de civismo?...). Siempre están á punto de tener un jefe, leyes y costumbres propias; pero

continuamente se olvidan y cambian de pareceres (monarquía absoluta, consulado, imperio, monarquía temperada, república...) Entonces arreglan la cosa con una palabra: «Lo que los Bandar-Log piensan, la selva lo pensará más tarde» (¿habla Voltaire, Marat, Gambetta?), palabra que es el gran reconfortante de su orgullo... (Al leer esta acerba crítica, que puede, que debe ser inspirada por cierta envidia... vuelve al espíritu la pintura que los grandes historiadores romanos, especialmente Tito Livio, hacen del pueblo de los galos; sus buenas condiciones de aticismo, inteligencia, generosidad, espontaneidad, ductilidad, gracejo, elegancia, imaginación, caricáturanse en sus aspectos más desfavorables de ligereza, versatilidad, locura...)

En su afán de hacer ruido y de llamar la atención de la selva, el Bandar-Log roba al niño Mowgli. Para rescatarlo, la pantera negra Bagheera (que aquí equivale al *Secretary of Foreign-Office*) declara la guerra al pueblo mono, al pueblo que odia y menosprecia... (¿Qué guerra? ¿La invasión normanda, la de cien años, el bloqueo continental?...)

Iniciadas las hostilidades, extiéndese el belicoso júbilo de los Bandar-Log. Gritan y declaman tanto sobre su valor y sus glorias de redentores de la selva, recorriéndola de uno á otro extremo (¿estaremos en las guerras consecutivas á la Revolución?), que el mismo Mowgli, que los observa de cerca porque va entre ellos, se pregunta extrañado si Tabaqui, el chacal, no habrá mordido todas esas gentes en un ataque de hidrofobia: «Ciertamente, se dice, es la *derwanee*, ¡la locura!» (Al instante vuelve otra vez á la mente la sobria descripción de los galos que trae Tito Livio, y como *leit-motiv*, aquella frase de que son «gente na-

cida para vanos tumultos»: *Nata ad vanum tumultum gens...* Decididamente, ni los vencedores de Vercingetórix ni los de Napoleón, serán parte á juzgar con imparcialidad á aquel gran pueblo, siempre el mismo á través de los triunfos y los descalabros de su historia...)

III. Para la guerra, el viejo oso Baloon, sabio que conoce todos los secretos, aconseja al secretario de relaciones exteriores — digo á Bagheera, la pantera negra — que pacte alianza con Kaa, la antediluvianamente enorme serpiente de las rocas, *el animal más fuerte de la selva...* « A cada uno su miedo », le dice, recordando un refrán de Hathi, el elefante salvaje; el Bandar-Log, el pueblo mono, teme ante todo á Kaa, *su insaciable enemigo natural* (¿Prusia, Alemania, Rusia?...) Bagheera hace objeciones: sería un aliado peligroso, que tiene «ojos funestos»... Pero la necesidad impone. La pantera negra *disimula su repugnancia*, y con su voz más suave, haciendo gala de una exquisita diplomacia, va á proponer el pacto á Kaa... La busca; la encuentra luciendo una nueva piel, en un oportuno período de hambre, y, para decidirla á la acción inmediata, le insinúa que el pueblo mono se jacta de haberla vencido, que la befa é insulta con alardes de victoria... De Kaa han dicho horribles cosas los Bandar-Log, como ser que es «un gusano cobarde»...

Kaa es un personaje cuya psicología resulta bosquejada de mano maestra: ingenua, inteligente, fuerte, orgullosa de sí misma, no tiene veneno y desprecia el veneno de las cobras, pero posee la mirada más potente para sondear la selva y atraer la presa («mirada funesta» — ¿para los intereses de Britannia? — ha dicho el secretario del *Foreign-Office*). Su sangre es fría; *nadie iguala su paciencia* para esperar y esperar, in-

móvil, el momento de lanzarse sobre el objeto codiciado de sus fauces. Entonces procede matemáticamente, con tranquilo valor, sin apresurarse. Cuando ha envuelto entre sus gigantescos anillos su caza, cualquiera que sea, un rinoceronte, un elefante, la estrangula, la ablanda, la traga, y largamente la digiere. *Con su cabeza*, atropellando de frente, rompe todos los obstáculos, hasta las murallas de los templos antiguos...

La batalla que traba el pueblo libre, el pueblo lobo, auxiliado eficazísimamente por el pithón Kaa, contra el pueblo mono, es la página épica del libro: se trata, acaso, de Waterloo. En terreno neutro iniciase la lucha, que tiene por objeto, para el pueblo libre, apoderarse del niño lobo Mowgli (¿el comercio británico? ¿Napoleón?...) Pues Mowgli, en manos de los Bandar-Log, *á quienes se parece*, puede llegar á ser, por su genio, el más temible enemigo del pueblo libre, del pueblo de la selva. A pesar de la fuerza y la destreza de las zarpas de Bagheera, la pantera negra (¡las legiones británicas al mando de Wellington!), á pesar de todos los destrozos que causa en las filas, tendiendo á diestra y siniestra, acósanla cientos, millares de vociferadores monos grises... Defiéndose desesperadamente, y el autor recuerda que es *la primera vez que lucha por su vida*. Llega un momento en que el Bandar-Log gana más y más terreno; su triunfo parece declararse; la pantera negra se retira á las cisternas, perdiendo campo, herida, palmo á palmo... cuando arriba á marchas forzadas Kaa, Kaa, ¡el pithón invencible! Entonces la batalla está ganada por el pueblo libre; Bagheera, la pantera negra, captura á Napoleón, Mowgli, y se retira con su preciosa presa... (Mowgli, un prisionero y probable *futuro general* de los Bandar-Log, para el mayor interés de la fábula; pero puede

bien sintetizarse su símbolo en la política de Napoleón, y aun en Napoleón mismo.)

En tanto comienza, entre las ruinas del campo de batalla, la danza del hambre de Kaa. Kaa, agitándose en estratégicas convulsiones, con los ojos fijos sobre miles y miles de monos paralizados de terror, los atrae hacia sus abiertas fauces, silenciosos, hipnotizados, lentamente, lentamente en la creciente noche...

¿Qué simboliza Kaa? A veces recuerda á Alemania, y especialmente á Prusia: en su psicología fuerte é ingenua, en las burlas que su aparente simplicidad merece del Bandar-Log, en su misma llegada al campo de batalla, á lo Blücker, y hasta en su ambición de conquista y anexiones (Polonia, Schleswig-Holstein, Alsacia-Lorena, la proclamación del Imperio en los salones de Versalles).— Pero la danza del hambre de Kaa sobre las ruinas del templo indio, sus ojos magnéticos, sus enormes vértebras, traen vivamente á la imaginación el recuerdo de Rusia. Kaa es, pues, más que el símbolo de una nación determinada, el de una poderosa fuerza *extraña* al pueblo libre, que, en ciertos momentos de relativo peligro para éste, se encarna en los germanos cancilleres de cabeza « de hierro », y en otros, de inmenso peligro, en la política de los zares. Hoy defiende como aliado, mañana puede atacar como enemigo...

Y es curioso, para concluir, que se recuerde el grito de que se sirve el pueblo libre, el pueblo lobo, que se apellida á sí mismo, por antonomasia, « el pueblo de la selva », para buscar alianzas entre las demás bestias de la selva, en caso de necesidades de guerra: « ¡Somos hermanos tú y yo, somos hermanos! » Pues bien, ello concuerda con las clasificaciones que enseña Taine de los pueblos modernos, *sajones versus latinos*;

como asimismo las últimas alianzas de Inglaterra con Rusia, Alemania, Estados Unidos de Norte América, á quienes no se cansa de predicar, en ciertos momentos, sus fraternales amores: para asentar mejor sus extensos dominios, ora en Sud Africa, ora en Oriente, en Egipto, en Canadá, ¡en todo el orbe!

§ 42. *Ineficacia de la educación alemana para formar el ciudadano.*—Hay un punto de vista, empero, bajo el cual se han hecho acerbos críticas al conjunto relativamente homogéneo del sistema educativo alemán. La educación, como se ha dicho, tiene por fin formar el hombre miembro de la sociedad, y al ciudadano, miembro del Estado. El emperador de Alemania lo ha hecho notar, en 1896, en un discurso célebre cuya tesis es que « la escuela no está á la altura que debiera, porque *no sabe formar al ciudadano* ». Tenía entonces Francia fijos los ojos sobre el sistema educativo de la nación que la venciera en Sedán; buscaba el secreto de la victoria, donde Didon y otros creyeron hallarlo: en la excelencia de sus escuelas y universidades. La palabra de Guillermo II les señaló indirectamente otro modelo, ya que el general descontento del pueblo francés buscaba modelos con la mirada sobre el horizonte de Europa: el nuevo, no podía ser sino Inglaterra, el país del individualismo, del *self government* y del *self made man*. Se trataba de hallar un tipo de educación que formara, ante todo, al ciudadano fuerte que pudiese, si no vengar al Sedán del pasado, evitar otro Sedán en lo futuro. En Alemania mismo, la crítica imperial no era nueva, ni dejó de hallar ecos. « No puedo aprobar, decía Goethe ya en 1828, que se exija de parte de *aquellos que estudian para consagrarse al servicio del Estado*, tantos conocimien-

tos teóricos, tanta ciencia; esto es lo que agota las fuerzas físicas y morales de los jóvenes. Si entran en una carrera práctica, poseerán sin duda inmensa previsión de saber y filosofía, que no podrán poner en uso y desecharán como inútil bagaje. En revancha, han perdido lo que les era más necesario: esa energía moral y física indispensable en la vida real... Tienen todos el corazón enfermo. El tercio de esos sabios, de esos *servidores del Estado* agobiados sobre la mesa del trabajo, hállase atacado por males físicos y librado al demonio de la hipocondría...» La crítica de Goethe, ese clarividente, quería decir, pues: la pesantez de una educación demasiado profunda, forma en las mediocridades esos sabios soñadores inútiles para el progreso por falta de genio, é inútiles para la patria por agotamiento, por falta de iniciativas y energías físicas y morales. Esto es lo que Guillermo II ha repetido; lo que ciertos críticos alemanes lamentan; lo que hace hablar en Francia hoy de «la superioridad de los anglosajones» y buscar la causa de esa superioridad en el sistema educatorio inglés.

§ 43. *Desideratum de la educación inglesa: formar el perfecto ciudadano.*—¿Cuál es el desideratum de la educación inglesa? Formar el ciudadano inglés típico. ¿Cuáles son los rasgos característicos de tal tipo? Helos á continuación, tomados fotográficamente de un ejemplar de la clase acomodada por una mano maestra. «Al salir del colegio, encontró su camino hecho: no tuvo que rebelarse contra la iglesia, que es bastante razonable; ni contra la constitución, que es notablemente liberal; la fe y la ley que le ofrecen, son buenas, útiles, morales, bastante amplias para dar lugar y abrigo á todas las necesidades de los espíritus sin-

ceros. Se ha apegado á ellas y de ellas recibe todo su sistema de ideas plásticas y especulativas: no fluctúa; no duda; sabe lo que debe creer y lo que debe hacer. No se deja arrastrar por teoría, ni entorpecer por la inercia, ni detener por las contradicciones. En otras partes, la juventud es como el agua que se estanca ó desparra; aquí hay un antiguo y excelente cauce que recoge y dirige hacia un fin útil toda la corriente de su actividad y de sus pasiones. Nuestro hombre obra, trabaja y gobierna. Está casado; tiene colonos; es magistrado municipal; y se hace político. Mejora y rige su parroquia, su tienda y su familia. Funda asociaciones, habla en los mitins, inspecciona las escuelas, administra justicia, introduce adelantos, utiliza sus lecturas, sus viajes, sus relaciones, su fortuna y su posición, para guiar amistosamente á sus vecinos y á sus inferiores hacia alguna obra benéfica para ellos y para el público. Es poderoso y respetado. Disfruta de los halagos del amor propio y de las satisfacciones de la conciencia. Sabe que tiene autoridad, y usa de ella lealmente para el bien ajeno. Y ese buen estado de espíritu es alimentado por una vida sana. Es, á no dudar, espíritu culto y laborioso; es instruido; sabe varias lenguas; ha viajado; le gusta tener noticias precisas, sobre todo; sus periódicos le tienen al corriente de todas las ideas nuevas y de todos los descubrimientos. Pero al par une y practica todos los ejercicios corporales. Monta á caballo, da largos paseos á pie, caza, boga en su yate, sigue de cerca y por sí mismo todos los pormenores del cultivo y la ganadería, vive al aire libre, resiste á la invasión de la vida sedentaria, que por doquiera conduce al hombre del día á las agitaciones del cerebro, á la extenuación de los músculos y á la excitación de los ner-

vios (1).» Si fuese necesario precisar las líneas generales, podría decirse que son estas: sólidos principios morales y políticos; sinceros sentimientos morales y políticos; ideas prácticas de utilidad personal y colectiva, ó sea un sensato criterio de las propias y generales conveniencias; odio á la controversia estéril, á las pasiones subversivas, á todo acaloramiento impremeditado; gran posesión de sí mismo y de la propia dignidad; buen cuidado de una y otra cosa; concentrar en el hogar á los suyos y á cuanto les rodea, y—esto es lo que corona y abarca toda la figura—una continua actividad en sentir, pensar y obrar; sobre todo, en obrar. Tal es el tipo. ¿Cómo se produce? Es todo intuitivo, ó hay en él alguna influencia de la educación? Negar la influencia, siquiera ponderada, de la educación en el carácter de los hombres, es desconocer la naturaleza humana. Pero ¿cómo influye el sistema de la educación inglesa para producir el ciudadano inglés?

En la educación privada, es el sistema de la independencia, del individualismo, su primer palanca. En la instrucción pública todo se hace según el método de libertad de estudios, que analizaré en lugar oportuno, y adjudicándose especial importancia, principalísima importancia, á estos tres estudios ó ramos: *ética, economía y ejercicios físicos*, que pugnan respectivamente por formar el hombre *honrado, rico y sano*.

§ 44. *Espíritu panteísta de la educación alemana: importancia, generación y difusión de los grandes desarrollos del pensamiento alemán contemporáneo.*—

(1) H. Taine, *ob.*, *cit.*, t. V, pág. 459.

El alto potencial intelectual de Alemania ha dado al universo civilizado, puede decirse, desde la segunda mitad del siglo XVIII hasta el presente, todas sus mayores concepciones: el método de Shelling, la inspiración de Goethe, la moral de Kant, el panteísmo de Hegel, la música de Wagner, la crítica de Schlegel, la historia de Mommsen, la melancolía de Heine, la jurisprudencia de Savigni, el socialismo de Marx. De ahí han arrancado por doquiera otros sistemas que podrían considerarse consecuentes ó corolarios. Así, en ciencias, por ejemplo, el método de Shelling genera á Lamarck; las proyecciones alemanas de la hipótesis de Lamarck engendran á Darwin, Darwin á Spencer. Así, en filosofía, repútase á Kant padre de la ética moderna, y es hoy Hegel el ideólogo más apasionadamente admirado en casi todos los círculos de la más alta intelectualidad. Thiers, Taine y Renán, especialmente Renán, han bebido á grandes sorbos en la crítica germana y sabido, en parte, dar una forma literaria galana, á veces admirable, á investigaciones de allende el Rhin. Carlyle es un anglo-alemán, por origen, educación, simpatías, estudios, afinidades sajonas, idiosincrasia y estilo; su estilo, en efecto, sin ser propiamente alemán, sigue formas de construcción, de deducción, y á veces, hasta de ortografía más alemanas que inglesas...

Acaso Hugo en Francia, y sus poetas sucesores, desde Barbey y Leconte á Baudelaire y Mallarmé, son excepciones; tal es Macaulay y Tennyson, genios esencialmente británicos, en Inglaterra. Si no fuera pedantesco, podría decirse que cualquier crítica que el mundo latino no clasifique de «decadente» ó de «fanática», opina hoy con esas grandes concepciones germanas; y que entre anglo-sajones suele tacharse de «es-

trecho» y de «mezquino» todo lo que con ellas nos concuerda. En instrucción pública, ya se ha visto que no hay en el mundo actual una concepción más completa que la germana, aunque ésta no sea siempre imitable. La superioridad de la psicología nacional de cada pueblo, tiene su momento de prepotencia: parece que en esta época, ha marcado el reloj de la historia el de Alemania. Pues bien; es por su poderosa facultad de sentir y pensar (*begreifen*) de un modo más completo que en otras partes, que hoy imperan por doquier sus concepciones generatrices, que son, en sí, grandiosos desarrollos: *entwickelungen*. Son estos: doctrinas generales valientemente concebidas en su total, y que si por sus profundidades de abismo fascinan y atraen, abruman también en sus detalles componentes, por lo pequeños, laboriosos, abundantes. Son como enormes tormentas apocalípticas que arruinan caducos imperios y llenan la tierra con el estampido y las infinitas vibraciones de la lumbré de sus rayos.

El ánimo del moderno analizador, que no es el alma poética del visionario de Patmos, se pregunta abismado por cuáles procesos psicológicos se producen tan pasmosos fenómenos en el mundo intelectual. Ante todo, el panteísmo de sentimientos y de ideas, la condición ingénita por excelencia del espíritu nacional, que se manifiesta en esta forma genérica; potente facultad de simpatizar con todo lo que se presente, sintiéndolo bajo su faz más bella. Es la simpatía lo que nos descubre el interior de las cosas, lo que los ingleses llaman *insight*; y la simpatía panteísta es la última esencia del alma de Alemania. «Como poeta, dijo el mayor hombre de Alemania en el siglo XVIII, y de su época Goëthe, soy politeísta; como naturalista, panteísta; como ser moral, deísta; y para expresar mi sen-

tir, necesito todas las formas.» Hasta podría haber agregado que era nacionalista respecto á su patria, internacionalista respecto al mundo, y oportunista, como canciller de Weimar, respecto á sí mismo. Piensan los alemanes, según palabras de Taine, que «el mejor fruto es desprendernos de nosotros mismos, obligarnos á tomar en consideración el medio en que vivimos, y dejarnos desentrañar las cosas al través de las apariencias pasajeras con que nuestro siglo no deja jamás de revestirlas. Cada cual las mira con anteojos de diverso alcance y color, y nadie puede alcanzar la verdad sino teniendo en cuenta la forma y el tinte que la estructura de sus lentes impone á los objetos percibidos. Hasta aquí hemos disputado diciendo unos que las cosas son verdes, otros que amarillas, otros que rojas, y acusando cada cual al vecino de ver mal y de mala fe. Ahora resulta que aprendemos al cabo la *óptica moral*, descubrimos que el color no está en los objetos sino en nosotros mismos; perdonamos á nuestros vecinos el ver de otra manera que nosotros; reconocemos que deben ver rojo lo que nosotros vemos azul, verde lo que nos parece amarillo, hasta podemos definir la especie de anteojos que producen el verde, adivinar sus efectos según su naturaleza, predecir á la gente el tinte con que aparecerá el objeto que va á presentarseles, construir de antemano el sistema de todo espíritu»...

Es ello la última esencia del espíritu panteísta alemán: amarlo todo; y entre todo y sobretodo, Alemania. «Para *conocer* una cosa, lo que se llama conocer, hay que amarla antes, hay que simpatizar con ella.» En virtud de esa simpatía universal y del tesón paciente del estudio detallista, se llega á la comprensión plena: se opera la acción de aquel verbo alemán por exce-

lencia: *begreifen*. Traduciríalo yo, usando de una voz anticuada, en la siguiente paráfrasis: el acto de la *comprensión plena y conciente* de una cosa, realizado, más que por un común proceso de dialéctica interna, más que por el tácito raciocinio de la inteligencia, *por simpatías de la sensibilidad*.

§ 45. *Nacionalismo de la educación alemana*.—El espíritu descrito de enciclopedismo panteísta de la educación alemana, podría ser, si no hallara cierto contrapeso, un principio internacionalista de disolución nacional. En efecto, los alemanes bregan por pensar y sentirlo todo; pero entre ese todo resplandece un ideal especial y restringido, un ideal más estrecho y positivo que es como la esencia misma de su decantada «bicefalia»; el sentimiento de su nacionalidad, la expresión prepotente de su adorada patria, á quien claman «sobre todo—sobre todo el mundo»:

*Deutschland, Deutschland, über alles;
Über alles in der Welt...*

Hay, pues, dos polos, dos sentimientos-ideas que engendran las dos cualidades características de la Educación alemana: *enciclopedismo* y *nacionalismo*.

Si la educación inglesa es *cristiana, individualista* y *cívica*, la alemana es ante todo *ecléctica* y *nacionalista*. Tales son sus caracteres distintivos.

El nacionalismo de la educación alemana se cultiva: 1.º, por el largo estudio del idioma nacional; 2.º, por continuos cantos patrióticos; 3.º, por el estudio de la historia nacional; 4.º, por las asociaciones particulares que se constituyen siempre con fines subsidiariamente patrióticos, y 5.º, porque en la instrucción en general, no se desperdicia coyuntura de traer á cola-

ción los sentimientos cívicos.—Es de notarse que ese patriotismo, nunca se manifiesta como churrigueresco patrioterismo: se halla, más que en protestas y gritos, en las altas esferas de la ciencia y del arte nacional, así como en la crítica literaria y científica. Más que una ostentación forzada de victorias materiales, es una ingenua, diaria y profunda revelación de una ambicionada superioridad moral é intelectual, que, falsa ó verdadera, levanta y enorgullece el ánimo del pueblo.

El enorme fenómeno psico-sociológico que podría llamar la «ética panteísta alemana»; esa plena comprensión de todas las religiones y todas las morales; ese sentimiento vastísimo que justifica todas las grandes doctrinas porque todas las siente, porque halla que todas han tenido su teatro propio, su país y su momento histórico, en los cuales grandes bienes han producido; ese culto de todos los heroísmos, desde el de Confucio hasta el de Kant, puede producir en el kaleidoscopio de una imaginación generosa tal variedad de vistas morales, que falseando el criterio actual, justifique todos los cinismos. La poligamia, el adulterio, el robo, la idolatría, la sensualidad—todos los males, todas las cosas que en el actual momento histórico serían males—han tenido sus apóstoles, su nación, su época y sus héroes. La simpatía por todos esos fenómenos puede llegar á producir criterio tan elástico, que todos los egoísmos perdone, que enardezca todas las pasiones, que todos los crímenes preconice.

Pero hay en la psicología alemana, aparte del sentimiento cristiano, un freno para esos posibles excesos: el nacionalismo. El interés de la patria, la religión del pueblo, la moral kantista: ved ahí los diques al pan-

teísmo, al politeísmo germano. El torrente se encauza y no destruye las instituciones: el culto del carácter propio, de la nación madre, le dirige. Pero ese torrente de ideas, aun dirigido, será siempre torrente: y no se estancará como las aguas del pantano, para pudridero de ideas rancias y fanatismos anacrónicos...

Y esa palanca, ese ariete invencible de la superestructura de la psicología colectiva de Alemania, ese panteísmo alemán, en una palabra, ¿cómo se manifiesta y en cuáles formas tangibles? Pienso que en las dos siguientes: la pasión del detalle ínfimo y la pasión del conjunto enorme. O sean: por una parte, el amoroso empeño hacia el estudio detallista, lento, paciente, que todo lo diviniza; y por otra, la imaginación más persistentemente idealista, más persistentemente creadora. Se diría un minucioso espíritu de plomo que no se hunde en su lodo de nimiedades al modo escolástico, porque lo levantan las alas de una imaginación de dioses.

Extiéndese esa poderosa facultad casi sobrehumana de las concepciones generales, que ha nacido en los altos espíritus de Alemania, á todas sus esferas sociales—por medio de su enciclopédica educación. No creo que existan, ni hayan existido jamás, planes de estudios más universalistas que los alemanes: nada de bifurcaciones mezquinas, nada de desechar por inútiles tales ó cuales materias: allí todo debe estudiarse, todo á su tiempo y con su método. Las especialidades útiles son productos de la instrucción profesional: la primaria, la secundaria y aun la popular, deben tender á ser *eclécticas y generales* en el más alto grado posible. Religión, filología, historia, economía, gimnástica, artes, ciencias, teoría, prácticas industriales, todo

debe conocerse, siquiera en sus rudimentos. De ahí surge el tipo alemán ideal, soñador y equilibrado, tan filósofo y artista como negociante, tan sentimental cuanto práctico, que obra como John Bull y como el tío Sam, pero que es más fuerte que el tío Sam y que John Bull, porque también sabe soñar como Goethe y como Wagner.